



TOQUE DE TINIEBLAS

UNA ÓPERA HERMÉTICA

Libretto

de Francisco Nieva



Fragmento

A Kuka,
sobre un cojín de terciopelo rojo.

REPARTO — PERSONAJES, POR CUERDAS:

LA CONDESA AVEDELMA BARBA DE SIENA (*Soprano*)

LA PRINCESA ROSA DE ESPADAS (*Contralto*)

LA SOMBRA (*Igualmente interpretada por la primera*)

CAMBIZIO DI SAN GIACOMO (*Tenor*)

DONDENO DI SAN GIACOMO (*Bajo*)

EL ABATE FIACRO (*Barítono*)

AGILA

LUNARIO

PERTINAX

(*Tenorinos*)

MEDORO, *el mono sabio*
(*Niño-actor, convenientemente adiestrado*)

PAMELA, *la araña gigante*
(*Artilugio cibernético, con mando a distancia*)

En la mítica ciudad de Pantaélica.



NOTA PREVIA



Es cosa en extremo rara y gratuita escribir «porque sí» libretos de ópera, como el que escribe un poema épico o cualquier otro género de poesía; pues los tales libretos son el género más espurio —por dependiente de otros factores complementarios— que pudiéramos encontrar como medio de expresión autónoma, ya sea dramática o poética, y que tan sólo cobraría su auténtico valor formal, enfatizado por la música y la representación.

Pues por eso mismo, exactamente: por ser una zona apartada y recóndita, que nadie frecuenta, sino por accidente en la carrera de las letras o de la invención lírica. El programa de nuestro viejo «postismo» —luego, reconocido como posmodernidad— englobaba el reciclaje de antiguos materiales, el pastiche, la parodia, el arte por el arte... El «capriccio», frente a toda tiranía pragmática. Era aquel un modo de desmarcarse del formulismo convencional de las artes, y también —¿por qué no?— una forma de practicar un cierto dandismo, en esta república tan democráticamente uniforme. A esto le llamábamos hacer «rinconismo», y obrábamos como diletantes despreocupados y sin ninguna intención de competir con los géneros y las corrientes oficiales o habituales. Este selectivo rincón —desde el que ahora escribo— tiene para mí el perfume de un archivo secreto y algo polvoriento de olvido y desdén, pero en extremo sugerente. Perfumes olvidados, perfumes escondidos... Así, puede deducirse también que este trabajo —y en último término— solo ha tenido para mí un valor completamente subjetivo, el valor de servirme como íntimo recreo en un mundo que amo y conozco. Por esto mismo lo dedico a unos buenos y grandes amigos, dispuestos a leerlo todo en la misma disposición que yo mismo.

Mi afición al teatro escrito la despertaron en edad temprana los

libretos de Wagner, que heredé de mi abuelo y, después, he vivido con intensidad profesional muchos oficios y menesteres del teatro, el de libretista igualmente. Pero no hay oficio o labor, por secundarios o mercenarios que nos parezcan, que no requiera su punto de perfección. Pensemos en la propia letra, sobre la que transcurren los dramas de Monteverdi, en sus encantadores libretos, con épicos y exaltados versos del Tasso, o a la manera del Ariosto; pensemos igualmente en los libretos de Metastasio, modelo de pulcritud y belleza poética, que se hacían entender como un pregón. Un pregón victorioso o doliente o una gran confianza musical.

La lectura de aquellos textos nos fuerza a aceptar que siempre es deseable en la ópera una base verbal con plena entidad literaria y conceptual. No tenemos más que remitirnos a las que, contemporáneamente, sirvieron a Strauss, a Debussy, a Schoenberg... El famoso «Pelleas» de «Claude de France», sobre un texto de Maeterlinck, los poemas dramáticos de Hoffmansthal, musicados por Richard Strauss... ¿Y qué no diría yo de la sorprendente «Lulú» de Wedekind y Berg? Por lo cual, nada más tengo que añadir como «justificación racional» del presente trabajo.

En cuanto a su texto y «aparente» versificación, el sistema es libérrimo y consiste en poner cesuras de ritmo —a veces caprichosas— a la misma prosa, sin rima ni metro fijo y determinado.

F. N.



SINOPSIS



■ ESTAMPA PRIMERA

El joven y rico heredero, Cambizio di San Giacomo, es duramente criticado por sus amigos del «gran mundo», a causa de su aparente misantropía y retraimiento, actitud que se considera en extremo vejatoria para tan respetable círculo. De todo ello dan cuenta a su anciano tío, Dondeno, la princesa Rosa de Espadas —una vieja arpía— y su ahijada la condesa Barba de Siena (Avedelma) —que es refinadamente mala, y muy celosa de Cambizio— con lo que el anciano se lleva un gran disgusto.

■ ESTAMPA SEGUNDA

El hecho es que Cambizio había recibido de manos del cardenal Illuminati —que lo distingue con un extremado y sospechoso afecto— una santa reliquia de lo más extraño. Un botellín lacrado, que conservaba una reducida porción de las sagradas «tinieblas de Egipto», con las que Moisés intimidó al poder de Faraón. Cambizio, desconfiando del cardenal, a quien juzga un enamorado tortuoso y perverso, supuso de inmediato que éste procuraba su perdición al entregarle aquel objeto tan enigmático.

De todo termina dando cuenta confidencial a su preceptor, el abate Fiacro, y relata cómo, una noche, dicho botellín se rompió y dejó escapar una sombra, a la que consiguió atrapar y encerrar en un viejo baúl. Sus relaciones furtivas con la Sombra, han sido la causa de su cambio de vida y de comportamiento social. Dicha Sombra le está descubriendo conocimientos y placeres insospechados. El abate se espanta ante semejantes declaraciones.

■ ESTAMPA TERCERA

Durante una representación de ópera, en el palco de la Princesa, siempre acompañada de su querida Avedelma —supuestamente encaprichada de Cambizio— se le critica con encarnizamiento, en conversación que comparten con sus muy distinguidos amigos, Agila, Pertinax y Lunario,

redomados esnobs. Se tiene constancia que Cambizio y su Sombra están asistiendo a la ópera, aunque ocultos en un palco proscenio con celosía. Gran motivo de escándalo. Todos terminan sospechando lo que no deja de ser cierto: que recibe franquicias, consignas, enseñanzas y conocimientos prohibidos, muy contrarios al sistema político-religioso que impera en el país. Este cónclave de acusadores, es de súbito dispersado por el voraz incendio del teatro.

■ ESTAMPA CUARTA

Dondeno di San Giacomo, puntualmente enterado y bastante afligido de lo que ocurre con su sobrino, le hace mil reproches al respecto, ante el viejo baúl, en el que se oculta la Sombra sediciosa y conspiradora. Cambizio se propone escapar con ella hacia el desierto, huir de la fatídica ciudad y de sus poderosas cuanto peligrosas amistades. Está a punto de enloquecer y sufre de alucinaciones. Irrumpe el abate Fiacro para anunciar que su pupilo ha sido denunciado y la guardia se acerca para prenderle. Cambizio se despide patéticamente de su Sombra. Es detenido y, posteriormente, vemos cómo aquella, en forma de humo negro, escapa del baúl para seguirle.

■ ESTAMPA QUINTA

Cambizio ha sido condenado a retractarse públicamente de su comercio con el enemigo, pero arrostra heroicamente la tortura, obligado a permanecer en un cepo hasta su extrema consunción, si no claudicase al final. Y allí le visitan en su cadalso, hipócritamente compasivos, sus linajudos y elegantes amigos de otro tiempo. Celebran una elegante fiesta o merienda campestre, «para acompañarlo». Allí están todos, además de Dondeno y el abate Fiacro, que se muestran muy consternados. Cae la noche y, uno a uno, se van despidiendo y dejándolo solo. Cambizio se entrega a las más tristes reflexiones.

Pero la Sombra viene a rescatarlo de su ingenuo heroísmo con la más falaz de las soluciones: le permite y ordena que se retracte en falso y utilice cuanto ha aprendido a su lado para vencer a sus enemigos, y de este modo, su semilla de milenaria inteligencia y astucia no se perderá. Ello representa, pues, el conocimiento y la inteligencia prostituidos y al servicio de la ambición y el poder.

Cambizio acepta su fatal destino y es mágicamente liberado del cepo. Ahora es libre, pero «es peor» y efectivamente más peligroso para aquella sociedad, y aun para otras. La Sombra se descubre en todo su esplendor, revestida de la belleza mundana de Avedelma, con la que Cambizio se habrá de casar, adueñarse de su fortuna y de sus títulos, e investido de Conde Barba, triunfar en el mundo. Cambizio termina por agradecer al

perverso y enamorado cardenal regalo tan magnífico, que, empero, nunca se podrá considerar un «regalo divino»; y así, viene a celebrar su condenación, haciendo con ella el amor por última vez, «para siempre». He aquí la «in-moraleja» de este cuento hermético.

ESTAMPA PRIMERA

(Música: Vemos desarrollarse una abullonada y agresiva tormenta que, luego, se transforma en un salón, tan oscuro como lujoso e impresionante de severidad.

LA PRINCESA «ROSA DE ESPADAS», *sentada en un amplio sofá, parecido a un trono litúrgico; «AVEDELMA» a sus pies en una banqueta. «DONDENO DI SAN GIACOMO», frente a ellas, instalado en un cómodo sillón. Están tomando un refrigerio en tazas, que sirve un inquietante mono, con cofia, que suscita las explícitas reservas en DONDENO.*

Cuadro en acción, durante un lapso.)

AVEDELMA.—

No recele usted de Medoro,
que es un simio muy singular
y demuestra muchas aptitudes
que son la honra de su especie.

Nos sirve de azafata
y es hasta pintor de caballete.

DONDENO.—

¡Cómo!
¡Un mono pintor!
Y ¿qué pinta?

AVEDELMA.—

Borriones enigmáticos,
que intrigan mucho
en la Academia.

¿No es asombroso?

DONDENO.—

Sí lo es.
¿Y no se come
ni un solo confite
de los que ofrece
en las recepciones?

AVEDELMA.—

De ningún modo.
Porque, para él,
estas pastas
están envenenadas
con un polvo especial,
que sólo daña
su organismo.

DONDENO.—

¿Envenenadas para él
y para nadie más?

(Deja la pasta, a la que le iba a echar el diente.)

Me solivianta un poco
este detalle.
Avedelma.
No se inquiete por ello,
señor Dondeno.
Nadie, sino Medoro,
corre ese peligro.
La ciencia discrimina
mucho en venenos
y existen venenos
de muchas clases,
venenos para todos.

DONDENO.—

También
venenos para monos.

AVEDELMA.—

Exactamente.
Y no se cuide
del gentil Medoro,

que es tan correcto
y disciplinado
como un cadete.
Un bello ejemplo
para la servidumbre. [...]

Continúa con tu alegato, madrina.

LA PRINCESA.—

Pues, como iba diciendo...
En esta sociedad de Pantaélica,
la mirada es un bello lenguaje
infinitamente más expresivo
y capaz que el del abanico.
Siempre mostré mi predilección
por las lenguas mudas.

DONDENO.—

De eso cabe poca duda, princesa.
Pero, con todo,
no se puede decir con la mirada
«vivo en la Avenida de los Sauces,
número treinta y seis,
y recibo los viernes».

LA PRINCESA.—

También esto es posible,
mi buen Dondeno.
Yo he recitado eventualmente,
para mis invitados más íntimos,
largos versos de Metastasio
con la mirada.

AVEDELMA.—

Mi querida madrina domina
esa oratoria como nadie,
y yo bien quisiera aprender.
Estudiar lenguas mudas
es muy elegante.
Mírela fijamente, señor Dondeno.
¿Qué quiere decir?

DONDENO.—

¡Ah, condesa!
No sé qué pensar.
Yo soy un palurdo
y nunca he sabido leer
en los ojos de las princesas.
Más bien, en los ojos
de las ovejas,
que son más simplonas
y más directas.

(Inquieto, porque MEDORO ha venido a plantarse frente a él y levanta un dedo amonestador.)

¿Por qué me mira
tanto este mono?
¿Es que tengo yo
monos en la cara?

AVEDELMA.—

No se cuide usted de Medoro,
ni de su lengua particular...
Lo que mi buena madrina
está diciendo con sus ojos
—y para mí lo dice bien claro—
es que su sobrino, Cambizio,
se ha vuelto misántropo
y reniega de nuestra sociedad,
en la que tanto abundan
los curas y las damas.
Ha comenzado a llevar
una vida muy retirada,
y abandona a tantos amigos
como él ha sabido ganarse
en este círculo tan cerrado.

LA PRINCESA.—

En todo ha sabido superar
lo modesto de su nacimiento.

DONDENO.—

Con todos mis respetos, princesa;

si me permite, no tan modesto.
Nosotros somos descendientes
de un infusorio de Calatrava
y de una señora, que le puso
las peras a cuarto al rey de Navarra.

(MEDORO le hace una inclinación de cabeza y se aparta, lo cual satisface mucho a DONDENO, que respira aliviado y hasta le devuelve el saludo.)

LA PRINCESA.—

El caso es que esos amigos
y, entre ellos, mi querida Avedelma,
lo echan de menos.
Y esto es lo grave,
porque sólo se halla a dos palmos
de ser criticado y mirado con desdén,
por curas y damas confabulados.
Le acecha una gran amenaza,
o le amenaza una gran acechanza,
como quiera entenderse.
No le valdrá de mucho ser tan rico.
El desdén de nuestro mundo, mata.

(Mudos rayos amenazantes zigzaguean en el fondo oscuro de la sala. Y MEDORO, con una taza en la mano, se pone a dar vueltas, lentamente, sobre sí mismo. DONDENO se halla en extremo afectado por la advertencia y muy intrigado por las vueltas del mono.)

¡Ah, señoras,
qué honor tan comprometido!
¿Que la joven condesa
Avedelma Barba de Siena
echa de menos a mi sobrino?
Le he de amonestar muy de firme.

(Por MEDORO.)

¿También lo echa de menos
la servidumbre?
¿Qué es lo que afirma o niega
con tantos giros?

LA PRINCESA.—

Pues afirma, con la contumacia
de un berbiquí, que así lo haga.
No hay mejor disciplina
para un joven de la alta sociedad,
que obligarle a besar la mano
de una bella condesa que suspira por él.

(Hablado.)

¡Detente, Medoro!

*(MEDORO se detiene, va a dejar la taza y luego toma una bandeja
con pasteles, que mantiene muy serio y circunspecto. DONDENO
se ha levantado, conmovido en extremo.)*

DONDENO.—

¡Suspira!
¡Ah, señoras mías!
Ni un dardo,
que me fuera directo a la espalda,
me hubiera hecho tanta mella.
Y hay venenos de muchas clases,
existen venenos para todo.
¡Ah, qué negra preocupación!
Es cierto que lo encuentro
muy distraído y como fuera
de su ser natural.
Hace cosas extravagantes.

AVEDELMA.—

¿Como cuáles?

DONDENO.—

Se niega a bostezar.
¿Por qué no bostezas?

le pregunto yo,
y él responde:
«No tengo motivos
para bostezar».
¿No les dice a ustedes
nada este detalle?

LA PRINCESA.—

Un joven que no bosteza
en nuestra sociedad
puede estar enfermo,
aquejado de singularidad.
Eso puede ser grave, gravísimo.
Aún pudiéramos tratar de salvarlo.

DONDENO.—

¡Salvémosle, salvémosle!
¡Pobre sobrino! Para eso están
los curas y las damas.

*(AVEDELMA se levanta, precipitada y nerviosa, juntando sus
manos.)*

AVEDELMA.—

Nadie más dispuesta que yo.
Pero si no aparece en pocos días,
mi padre, el conde Barba,
me obligará a salvar
a otro individuo más de su gusto
y de mi condición,
cosa que me impele a llorar
detenidamente por los rincones.

DONDENO.—

¡Detenidamente! ¡Piedad,
señoras mías!
¿Que tanto peligra
su privilegiada situación?
¿Que pudiera estar afectado
de singularidad?
¿Que la joven condesa

Barba de Siena,
pudiera llorar
detenidamente por los rincones,
echándole en falta?

*(MEDORO, con mucho descaro, se come un pastel de la bandeja,
lo que acaba de turbar extremadamente a DONDENO.)*

Me retiro soberanamente abatido,
necesitado de un baño de pies.
Señoras mías,
no sé cómo podré
llegar a casa, bajo el fardo
de tan deplorable pesadumbre,
o bien bajo la pesadumbre
de tan deplorable fardo,
como quiera entenderse.
Me amenaza un mareo.
Veo girar el mundo
a una velocidad de vértigo.
He visto a Medoro
comerse un pastel
de esa bandeja.
Veneno para monos.
¡Tarde funesta!

LA PRINCESA.—

Recupérese, mi buen Dondeno,
no se aflija ni un punto por Medoro
—él sabe lo que hace—
y vuelva después
de habérselas cantado,
a ese atractivo botarate,
para que no muera gastado
y esquelético,
falto de alimento social
y religioso.

AVEDELMA.—

Y que le eche de comer

al canario dorado que le regalé,
¡Lástima de canario,
al arbitrio de un hombre
tan singular y tan cruel!

(Se arroja, pensativa y doliente, en el amplio sofá. La princesa, como una vieja esfinge, no se ha movido de su lugar.)

DONDENO.—
No lo olvidaré.
Muy servidor de ustedes,
dolorosamente tocado,
regreso a mis cuarteles.

(DONDENO hace una reverencia, se vuelve y sale, mostrando como un dardo con plumas clavado en la espalda. AVEDELMA se levanta sonriente de su fingida postración.)

LA PRINCESA.—
Como ves, mi querida Avedelma,
ese dardo lo lleva bien
clavado en la espalda.
Nada mejor
que una buena indirecta
dicha a su tiempo.

AVEDELMA.—
Mi querida madrina
¿Crees que volverá
ese presumido?

LA PRINCESA.—
Tenlo por seguro.
Y, si vuelve,
ya daremos buena cuenta de él
los curas y las damas.

(Se levanta y hace salir debajo del sofá una araña enorme, una descomunal araña atigrada, sujeta por una cadena, cuyo extremo siempre había mantenido en la mano. MEDORO la saluda con

alborozo, como a una buena compañera.)

¡Vamos, Pamela!
¡Sígueme, Medoro!
Tú también, Avedelma.
Hay que resolver
otros contenciosos,
en esta defectuosa sociedad.

*(Vuelven a producirse rayos zigzagueantes al fondo de la sala, y el grupo sale formando un pintoresco y absurdo cortejo, a paso de gavota.
Oscuro.)*

